

## **EL PREMIO**

### **Recuerdo, evocación y presencia del conde de Guadalhorce**

**Por ANGEL DEL CAMPO Y FRANCES**

*Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos*

La *grandeza* con que los hombres pasan a la Historia, tanto se debe a la magnitud propia que de ellos se infiere, como a la que les es conferida por los que se arrojan la noble misión de medirla. Grandeza meritoria y grandeza reconocida; dos dimensiones que no siempre se identifican, pero que precisan de una efectiva coexistencia para que el fenómeno humano de la *eminencia* pueda producirse. El cuerpo social integrado en el monótono fluir histórico de las generaciones, propende a una igualatoria superficialidad de su contorno e ignora la tectónica de su orogenia, cuando emergen de él las cumbres de los relevantes. Es preciso que en su seno, de tan profundas e ignaras densidades, existan detectores de resonancias afines para que el fenómeno de la *eminencia* tenga esa posibilidad antes condicionada; porque en esta detección y su ulterior contraste, estriba la permanencia histórica de la *grandeza*, expuesta, desde su aparición, a los empujes y erosiones de las implacables corrientes derivadas de las múltiples flujencias sociales.

La aparición del eminente, como *acontecimiento* —que no ha de cronometrarse más que con unidades de vida— debe ser registrada por el cronista que hubo de *resonar* por afinidad, con las ondas del evento. La información, que ya es una ciencia, con su contenido perfeccionador de la transmisión —“informar a”— suele tener fallos en la detección —“informar se”—, porque el tal diapason de la afinidad requiere una enorme gama de sensibilidades no siempre captables y por tanto ausentes del historiograma. Es absolutamente cierto que por fallos en la detección de eminencias, o por los que haya tenido su transmisión histórica, se han sumergido —como una humana Atlántida— cordilleras enteras de hombres relevantes. (Huellas y vestigios dejados por los menos entraron a formar parte del acervo arqueológico del futuro, de ese mundo de rastros que servirá, como ahora sirve, a los investigadores para no encontrar figuras, sino fragmentos de la historia que se sumergió con ellas.) De ahí que el testimonio de la eminencia requiera de *balizas* para propagarse en forma de *recuerdo*, por la contracorriente que su propio impulso generador establece en el discurrir del tiempo. Estos hitos marcadores, unidos a lo que de perdurable quedó en la obra del eminente, se integran en el testimonio que de ella queda a bordo del recuerdo; son el alimento de la presencia histórica de la grandeza, porque apelan, llaman y arrancan del olvido a sus diferentes cromatismos para superponerlos y reconstruir, con ellos, la imagen perdida del que para sí la alcanzara. Son los matices de la *evocación* las auras diferentes que acuden atraídas por la llamada de las sensibilidades afines y configuran la grandeza aparente destinada al registro histórico de los cronistas.

Las primeras que en éste se acomodaron fueron las grandezas del heroísmo y después las grandezas políticas; tardaron más las de los artistas, los sabios y los santos. Mas no, como antes dije, por prioridades objetivas, sino a causa de los desfasados surgimientos de las sensibilidades afines detectoras historiográficas y de la

no menos lenta evolución de las permeabilidades receptoras de ese cuerpo social, anisótropo y heterogéneo. Fácil es imaginar en el proceso que dentro de él ha ido adquiriendo la mecánica rememorativa, la simbología de los hitos evocadores de las grandezas humanas; pero sin entrar en ella hemos de reconocer que mantiene su primacía, la que se deriva del concepto militar del heroísmo, victorioso o sacrificado, en la unilateralidad de las dicotomías políticas; la recompensa, el laurel o la medalla, como símbolos de una gratitud colectiva y el obelisco o el arco como perpetuación de una victoria no menos digna de agradecimiento patrio. Tanto es así que el *premio* al estilo militar se ha propagado, desde la época romana hasta nuestro tiempo, a lo civil, a lo artístico y a lo deportivo. Las cruces y medallas, de tamaños u ordenaciones jerarquizantes, se vinculan al valor y al vencimiento, a la superación de dificultades y a la demostración de méritos extraordinarios. Pero estos honores de una grandeza en vida, no son suficientes para lograr la grandeza histórica que, como ya dijimos antes, no siempre se corresponde con la prolongación de aquélla. Para que tal ocurra el premio ha de ser perdurable y por tanto parejo, en la propagación, al fenómeno de la eminencia, a la que él mismo evoca; y ello no lo brindan más que la nobleza de título transmisible, o la piedra y el bronce de una efigie. El ingeniero de Caminos Rafael Benjumea fue premiado con el título de conde, porque brilló como ingeniero en el paisaje de un cauce malagueño y morisco, toponímico de su condado, por encima del fenómeno de su propia eminencia generado en el acontecer de su función política de gobernante.

Nadie habrá de pensar que quien esto escribe pretenda arrogarse facultades historiográficas como las anteriormente apuntadas, ni menos un papel de cronista que por razón de distancia cronológica no le sería posible ostentar. Mas sí, el de detector de su ya acontecida relevancia histórica, a través de los testimonios captados por sus coetáneos, afines en lo profesional o en lo político. Y cábeme extraer de todo ello la modesta justificación de llegar a escribirlo, tras captar, por resonancia, una de las evocadoras imágenes de su rica personalidad: la de sentir la ingeniería como arte y el paisaje como la manifestación bella de la naturaleza, a la que el ingeniero ha de aportar su creatividad estéticamente respetuosa y armónica, evitando lo que en su tiempo aún no se conocía con el nombre de "polución degradante de la componente estética del medio ambiente". Fue esta facies de su vocacionalidad la que dio con el condado Guadalhorce motivo calificativo para su aristocracia, otorgado por el Rey como recompensa a su labor de preministro de la Belleza en Fomento. De ella recibió la sociedad española beneficios tan importantes como el de planificar y acometer el desarrollo de la infraestructura patria, lo que naturalmente acredita la gratitud de un pueblo, reflejada en la recompensa real. Ya dijimos antes que todo premio encierra gratitud. Mas sin alejarnos ya del entronque casuístico con que la filosofía del premio ha derivado a la grandeza ingenieril de Guadalhorce, fáltanos contemplar, inclusive a través de su evocación estética, las fisonomías derivadas, que otros premios presentan separándose ya de la génesis castrense que los demás aún trasuntan; son los que estimulando las diversas creativities de la actividad humana, de las que ha de beneficiarse el cuerpo social que las precisa; son, a su vez, hitos evocadores para la perpetuación de una grandeza o para la generación de otra: la de quién los establece y denomina. Con frecuencia, y casi diríase con exclusividad, son de esta naturaleza los que se asignan a la labor creadora intelectual, científica y literaria; en ellos la dotación económica anula desde el inicio toda reminiscencia condecorativa para comportamientos valerosos y sólo cuando con ella se recompensan méritos y trabajos de vida entera o

dedicación y entrega plena, se engrandece al premiado y se perpetúa al premiado. Porque la circunstancialidad de los otros casos en donde lo intelectual en sus diferentes creatividades acepta instrumentarse en juegos y competiciones, los premios sólo son fugaces satisfacciones; por eso no conviene desviar a las "flores de un día", que sólo el género tienen en común con las "siemprevivas". Estas son las que han de adornar la permanencia de un premio destinado al embellecimiento de las carreteras en sus travesías por los pequeños pueblos españoles.

Sencillez y poesía envuelven al principal propósito que movió a la institución de un premio como éste, con el que se estimula la popularización educativa de sentimientos generalmente dormidos en el descuido de lo que, por propio y cercano, no preocupa hasta que se convierte en objeto de exhibición para los ajenos. Personalmente he sentido la emoción elementalísima, pero profunda, de ver aciertos y frustraciones en la forma de entender el "embellecimiento" de las márgenes de esas travesías, con adornos florales en puertas y ventanas de las modestas casas colindantes; un estímulo al despertar de los sentimientos estéticos, que surgen espontáneos y graciosa o ingenuamente desafortunados en muchas ocasiones —por defectos educacionales—, pero sí alentados por un deseo de colectiva respuesta a la llamada del premio nacional "Conde de Guadalhorce". Creado éste por Orden ministerial de 14 de enero de 1961, su promotor, el entonces director general de Carreteras, el ingeniero Vicente Mortes —diapasón ilustre en las resonancias históricas de Rafael Benjumea— puso a la firma del Ministro de Obras Públicas el texto legal que tenía este comienzo:

"El esfuerzo y la atención que los municipios españoles vienen dedicando al cuidado de las márgenes de las carreteras en sus travesías e inmediaciones, unas veces por iniciativa propia y otras a instancia de los respectivos gobernadores civiles y jefes provinciales del Movimiento, han movido al Ministerio de Obras Públicas a crear tres premios nacionales que, concedidos anualmente, vengan a premiar aquella labor, creando al mismo tiempo un noble acicate en el embellecimiento y cuidado de las carreteras españolas.

Por otra parte, parece justo asociar de manera permanente a las carreteras españolas el nombre del ingeniero de Caminos conde de Guadalhorce, Ministro de Fomento, creador del Circuito Nacional de Firms Especiales que dotó a nuestro país al final del primer cuarto de este siglo, de 6.000 kilómetros de carreteras, que se contaron en aquella época entre las mejores de Europa."

Premio evocador éste, que rememora y pretende mantener a través de las carreteras "embellecidas" por los municipios modestos, una transmisible perpetuación cual la nobiliaria que le da nombre. Buen hito para señalarle el curso histórico al eminente Guadalhorce; quizá falten otros para que tal curso se continúe, sin extravíos, por un futuro que ha de elaborarse en las mentes integradoras de un cuerpo social de mayores conductibilidades que el nuestro. Lo que aquí queda escrito pretende proyectar hacia delante, cual estación repetidora, una de las auras de la eminencia suya que mantenga completa la policromía de su imagen; para ello, el premio de su nombre se acoge al doble efecto de su otorgamiento; ese doble poder para cuya comprensión quisimos remover la frondosidad de una especie arbórea de silueta bíblica donde los premios penden de las ramas con diferentes brillos y sabores. Pero también para rectificar los destellos de esta baliza evocadora que, aun por su lado estético recae en la resonante reiteración del Circuito de Firms Especiales. Porque hubo otro motivo de sencilla y olvidada actuación que me complaz-

co en recordar y que incide en la presencia de Guadalhorce patrocinando "in memoriam" el premio de su nombre: el haber instituido él uno anterior, como Ministro de Fomento, destinado a la recompensa y estímulo de los Ayuntamientos que se preocupasen de sus caminos y de sus puentes... Búsquese el Real Decreto de 17 de febrero de 1925 en la *Gaceta* del día siguiente y véase el artículo 1.º, que dice así:

"En el próximo presupuesto se consignará una partida de un millón de pesetas, destinada a la adjudicación de premios a los Ayuntamientos que más se hayan distinguido en la mejora o conservación de los antiguos caminos o veredas dentro de su término municipal, incluyendo las obras de acceso, a cargo de los Ayuntamientos, y puentes económicos para facilitar el enlace de los pueblos o núcleos de población con las carreteras, caminos vecinales u otras vías de comunicación, ya sean del Estado, de las Diputaciones o de propiedad particular, siempre que sean de uso público."

Todo lo que queda dicho tiene la pretensión de servir a la continuidad del recuerdo histórico de Guadalhorce, desde una evocación que ha querido apoyarse en la eminencia suya para poderse calificar a sí misma de modesta ofrenda a su memoria. No le resulta fácil a quien quiso vestirla de la sencillez humana que rezuman las páginas de unas *Gacetas* tan separadas por el tiempo, engrandecer tiernas atenciones puestas en humildades rurales, de lo pequeño; y a fuerza de frustrado poeta, la ofrecería con el mismo pudor ilusionado de una travesía embellecida para obtener su premio; aunque como ingeniero se obligue en ofrendar un sesgo matemático del colofón del premio: el condado de Guadalhorce como premio al ingeniero; el premio de Guadalhorce del Ministro al pueblo; los premios "Conde de Guadalhorce" desde la belleza eterna a la belleza rural... El mismo conde de Guadalhorce convertido, por su ejemplar eminencia, en premio perpetuo del Cuerpo de Ingenieros de Caminos. Una función con varias derivadas.

Nombre: **Conde Guadalhorce**  
 Año de terminación: **1921 - 1947**  
 Río: **Turón**  
 Tº. Municipal: **Ardales**  
 Provincia: **Málaga**  
 Situación en el Mapa: **F-8**

Propietario: **Estado**  
 Constructor: **J.O.Pantano Chorro**  
 Proyectista: **C.H. Sur**

Tipo: **PG**  
 Altura (m): **74**  
 Longitud de coronación (m.): **155**  
 Volumen de Presa ( $10^3 \text{ m}^3$ ): **135**  
 Volumen del Embalse ( $\text{hm}^3$ ): **86**  
 Superficie del Embalse (ha): **546**  
 Destino: **I/H**  
 Aliviadero: **V**  
 Capacidad de aliviadero ( $\text{m}^3/\text{s}$ ): **628**

